





17.

Durga: la miserable fantasma de carne y hueso

El destino la llevó a tierras lejanas que nunca pensó conocer. Los tiempos eran turbulentos y se rumoraba guerra civil. Escaseaban los alimentos y se movilizaban protestas por todas partes. No había seguridad aparente en ningún sitio; y eso hacía que, en cierta medida, ella valorara su situación, a pesar de no sentirse muy a gusto al respecto. Las clases de protocolo eran estrictas. No había día en que se acostara sin ganarse un buen azote. La comida era insípida; solo un poco de avena fría, con un pan duro y agua era lo que recibía cada día por su trabajo, que en realidad era un entrenamiento para consentir a la nobleza.

Las noches eran largas y el insomnio la estaba matando. Es difícil conciliar el sueño cuando tu mente está pensando en la vida de tu familia y recordando memorias pasadas de cuando todo era alegría. Durga se encontraba muy deprimida pensando en la seguridad de sus padres. Ellos la habían levantado de su cama en medio de la noche, hacía ya más de un mes, para indicarle que confiara en un extraño y se embarcara en un navío como polizón. En medio de lágrimas y totalmente desubicada, cabalgó hasta el puerto con tan solo un saco de comida y una manta para el largo viaje que le esperaba.

La noche era de un hermoso color cítrico, altas llamas y humaredas que remolineaban con sonido de espanto, formaban un paisaje bien

diferente a lo acostumbrado, algo casi poético, de no ser por la realidad que esto representaba. Un campesino la ubicó delante de él en su caballo, y justo antes de iniciar el galope, su madre le hizo entrega del relicario familiar. Le dio la bendición, recordándole que esto era temporal y que su destino era volver a estar juntos prontamente, si así Dios Supremo y Todopoderoso Elohim Shaddai lo quisiera. Más tarde, Durga entendería que las llamas y humaredas no eran un simple incendio, sino el eco de las Guerras Santas que se propagaron por gran parte del mundo. Un conflicto que la obligó a dejar a su familia y a atravesar el mar hacia un lugar incierto sin sus padres en el navío del honorable hombre que accedió a ayudarlos.

El día a día de Durga transcurría ante sus ojos en un sinfín de acciones repetitivas y gritos que reprendían su torpeza. Se sentía en un bucle infinito sin propósito, más allá del de perpetuar su existencia tan solo unos cuantos días, hasta que su mente y su cuerpo se desvanecían como suaves partículas de polvo que levitaban en un suspiro de verano.

—Deberías comer algo —sugirió Yensi, su compañera de academia.

—Mmmm...

—¿Acaso quieres terminar en las minas de carbón y acero negro? —expresó su compañera, reprochando su mala actitud.

—Mmmm...

—Estás langaruta, pareces un cadáver. Debes ponerte mejor. Sabes que, si no eres seleccionada en la gran noche, terminarás cargando sacos en las minas o, en el mejor de los casos, en el burdel de Madam Zinerva; y créeme que eso no te gustará en lo más mínimo.

—¡Me quiero morir, no soporto esto, estoy harta de tantas reglas, de repetir lo mismo sin sentido, de comer esta basura y de que nos traten como perras adiestradas! -respondió Durga entre sollozos.

—Eso no importa, míralo por el lado bueno: acá lo tenemos todo; allá afuera la cosa está difícil, he escuchado que todas las noches hacen hoguera con los cuerpos de los rebeldes. ¿Acaso quieres ser parte de una hoguera?

—No quiero nada, no me importa nada. Solo me quiero morir—Durga agacha su cabeza para ocultar las lágrimas.

—¡Despierta niña! La vida no es el espejo de tus sueños, sino el cristal quebrado donde la luz se hace verdad.

Yensi la abrazó y escuchó sus sollozos durante un buen tiempo, hasta que, en medio de su debilidad, sucumbió ante el cansancio y se quedó dormida entre sus brazos.

Al día siguiente, algo había cambiado. Durga esquivaba su mirada, su ser expresaba vergüenza y agradecimiento al mismo tiempo. La noche anterior, Durga había sentido, por primera vez en mucho tiempo algo de cariño, algo de afecto, algo de esperanza. Las miradas no se hicieron esperar durante la tarde, ojos de complicidad y alguna que otra sonrisa se dejaron ver entre las lecciones y las palizas que la tutora impartía. Desde entonces, Yensi, quien llevaba más tiempo allí, fue su inseparable amiga, confidente y compañera sentimental. Le enseñó las normas implícitas del lugar, las reglas de negociación y poder para sobrevivir, los secretos heredados por aquellas que ya no las acompañaban e, incluso, los planes de éxito y fracaso de quienes en algún momento habían intentado salir o lo habían logrado, según los rumores de las más antiguas.

Durga había recobrado su sonrisa. Aquella que no había vuelto a asomar desde que, aún vivía con sus padres en las Islas de Jade, previo a la invasión del imperio de Xantara y su ejército de Santos. Allí, donde fue rescatada por Edward, *El Mercader de las Flores*, como era llamado por las hermosas y jóvenes mujeres que vendía en los puertos de Tarmis y Temerant. Llena de alegría, se pasaba los días soñando con su vida fuera de esas paredes, volviendo a casa con su amada y presentándola ante su familia como su esposa.

Se acercaba la gran noche de gala y Durga se encontraba entre las primeras preseleccionadas; sin embargo, tuvo un altercado con su maestra por defender a una pequeña recién llegada ante la golpiza injusta y exagerada de su tutora. Esto la sacó de casillas. Primero, se entrometió para recibir los golpes, pero luego su ira fue tomando calor, hasta que, en cierto momento tomó las manos agresoras y con un fuerte impulso golpeó a la atacante en la boca del estómago, lanzándola lejos, hacia

atrás. Durga fue separada del grupo y puesta en aislamiento, sin comida, sin luz y sin cama, en tan solo un cuarto de medio metro cuadrado, para que ni siquiera pudiera darse el lujo de acostarse para dormir. Los días y las noches pasaron sin que ella se percatara de ello. El desespero y la desolación fueron tales, que, con fuerza arrancó gran parte de su cabello y lo comió lentamente, disfrutando cada bocado, en medio de una desconexión con la realidad.

Se cumplió el castigo. Durga fue liberada y llevada a rastras e inconsciente hacia la enfermería. Su maestra la visitaba todo el día, todos los días, orando a todos los santos por su pronta recuperación y el perdón de sus pecados. Su mente despertó durante un lluvioso y negro día, de esos que parecen noche. Pero, a sabiendas de lo que le esperaba, mantuvo una grandiosa actuación de inconsciencia hasta que todo fue oscuridad y silencio.

Despegó su catéter con cuidado, miró sigilosamente en todas direcciones y se dispuso a buscar algo con su mirada que sirviera para defenderse en caso de ser descubierta, pero no encontró nada útil. Bajó el pie izquierdo y luego, con cuidado, el derecho, pero sus piernas estaban débiles y el peso de su cuerpo la haló fuertemente contra el piso. Cerró los ojos con fuerza y se quedó inmóvil, a la espera de que su maestra despertara y alertara a todo el mundo; pero esto no ocurrió. En cambio, le despojó suavemente de sus zapatillas y un saco que colgaba de un perchero. Tomó una última respiración profunda y se escabulló de la habitación.

Luego de rondar sigilosamente por los corredores, pudo corroborar varias cosas que le había enseñado Yensi. Primero, este corredor está separado de la academia por varias compuertas de seguridad. Segundo, para salir por la puerta tendría que robar las llaves y para esto necesitaría noquear a varias personas, lo cual parecía algo difícil, debido a su contextura física y su estado de salud. Tercero, por ser un área médica bastante amplia, separada de la academia, posiblemente esto se deba a que atienden también a otro tipo de población, posiblemente civil; y, si esto es así, debe haber otras formas de salir y entrar, más allá de las rejas con vistas a la academia.

Finalmente, encontró un ducto de desperdicios médicos y se lanzó, quedando a la espera de que, al siguiente día, una vez iniciaran labores y llegara el carruaje de la basura a recoger, ella pudiera salir corriendo, mientras todos gritasen su nombre. Desafortunadamente, la historia que recreó en su mente antes de lanzarse a la oscuridad a través del ducto no resultó como se esperaba. La caída fue larga y el impacto brusco. Su pie izquierdo se fracturó en tres partes. Tragó su dolor y respiró con dificultad, tratando de contener las ganas de gritar y llorar a todo pulmón. Sabía que si perdía la conciencia o se quedaba dormida todo habría sido en vano, así que se dispuso a entretener su mente con hermosos recuerdos de cuando vivía en la Isla de Jade, junto a sus padres y demás amigos cercanos a la familia.

El sol fue llegando y, con él, infinitas versiones imaginarias de cómo pensaba abordar a quien llegara a recoger la basura para suplicarle por su vida. Sabía que, si alguien llegaba desprevenido y de pronto le saliera una niña de entre la basura, aquel gritaría como nunca y sería el fin del plan.

Llegó el momento. Se abrieron las puertas y del carruaje se bajó un chico pálido y flacucho. Este se puso unos grandes guantes de cuero roído y se dispuso a organizar el vehículo para iniciar la recolección. En la parte delantera había un hombre de avanzada edad, el cual esperaba desde sus aposentos, mientras se fumaba un cigarrillo y bebía de una bota de vino. Durga se percató de que las enfermeras ya no estaban cerca y habían dejado todo a cargo del chico. Comenzó a silbar suavemente, pero el chico era bien despistado y miraba en todas direcciones, menos en la correcta. Continuó el silbido, pero el chico nada que atinaba con su origen. Finalmente, tomó algo de un saco y lo lanzó, asestando a la cabeza del joven por la parte de atrás. El grito no se dejó esperar y el chico comenzó a examinar detenidamente cada rincón, hasta dar con Durga. Ella lo observaba fijamente con ojos de cachorra abandonada. Con su mano derecha hacía señal de silencio y súplica sobre sus labios, mientras que con su izquierda invitaba a la calma.

—¿Qué pasa, chico? ¿Por qué gritas como una Magdalena? —le preguntó Lucciano, su viejo amo, que se encontraba en las afueras.

—Eeehh... no es nada, señor Lucciano —respondió el chico altamente dubitativo.

—¡Cómo no! ¿Necesitas ayuda? Mis huesos son viejos, pero aún tengo la fuerza y vitalidad de un oso salvaje —trató de reír el viejo, pero la tos lo interrumpió.

—Ayuda, por favor —susurró Durga.

—¿Qué haces ahí chico? ¡Esto está muy raro! Voy a llamar a la enfermera —respondió el joven recolector con miedo en su voz.

—¡No soy un chico! —se indignó Durga. ¡Ayúdame por favor! Necesito salir de aquí, me han estado torturando e, intentando escapar, me he roto la pierna.

—¡Podríamos perder nuestro trabajo! No, no, no puedo...el señor Lucciano me mataría, incluso podrían mandarme a la horca por esto.

—Nadie va a mandar a la horca a nadie, porque nadie se va a enterar de nada. Tan solo súbeme al carruaje y cúbreme con la basura, eso es todo.

—¿Qué pasa, chico? No veo que estés trabajando y aún tenemos varios lugares que recorrer.

—Lo siento, señor Lucciano. Ya estoy terminando.

El carruaje partió y a no menos de unos cuantos minutos, una de sus ruedas cayó en un bache, haciendo saltar toda la carga en un coordinado movimiento, que culminó con un fuerte grito femenino. Lucciano miró asombrado a su joven compañero, el cual volteó inmediatamente sus ojos, como quien se hace el loco ante la situación. Ambos bajaron y fueron a la parte trasera para revisar. Allí encontraron a Durga, con lágrimas en sus ojos, suplicando por su vida. Lucciano inmediatamente pensó en regresarla, pero entre ella y el joven ayudante, lo convencieron de escuchar. Por su deplorable estado, se podría sospechar una lamentable situación de abuso; sin embargo, nada garantizaba que aquello fuera obra de la academia. Era una difícil decisión, podrían ganarse muchos problemas; la academia era un grupo de élite que comerciaba niñas y mujeres entrenadas para diferentes propósitos con personas poderosas.

Nadie quiere tener problemas con la academia. Por otro lado, el hecho de haber salido sin alertas ni persecuciones indicaba que nadie sospechaba de ellos. Ese pequeño instante de vacilación dio pie para que Durga pensara en una solución. Tal vez, si tuviera mi relicario podría negociar con ellos, pero los de la academia debieron robarlo a mi ingreso -pensó triste y decepcionada. Al final, como último recurso, Durga se ofreció a sí misma como recompensa.

—¿Acaso nos ves tan necesitados? ¿Alguna vez te has visto en un espejo? ¡Pero si pareces un espantapájaros! —respondió indignado el viejo.

—¡No, no, no, eso no fue lo que quise decir! —se sonrojó Durga, igualmente indignada y apenada.

—En casa ayudaba a mi madre con los quehaceres. Sé cocinar deliciosos platos, sembrar, atender a los animales y limpiar. Podría pagar su misericordia con trabajo duro.

Entablillaron su pierna, le permitieron baño y la alimentaron en cama por varios días. Una vez se vio más recuperada, pero aún con la pierna rota, se le hizo entrega de unas muletas construidas con restos de madera, para que comenzara a demostrar su utilidad y pagara así su gran deuda. Era difícil, pero ella se las ingeniaba para ayudar bastante: ordeñar vacas, cuidar de las gallinas, cocinar y limpiar la casa; todo ello, sin dejarse ver por nadie ajeno, pues, seguramente, la academia andaba en su búsqueda. Poco a poco se fue convirtiendo en alguien más de la familia. El joven se llamaba Tom, sus padres habían fallecido por una enfermedad desconocida hace ya unos cuantos años y el señor Lucciano se había apiadado de su alma y lo recibió como hijo propio, recogiénolo de las calles; o esa era la historia que contaba con orgullo Lucciano, recalcando -cada vez que podía- en lo generoso que era y lo agradecidos que deberían sentirse con él, por haberse hecho cargo de ellos, como si fuera padre y madre a la vez.

El cariño de Lucciano no se dejó esperar. Poco a poco, se fue volviendo más espontáneo y atento con Durga. Demostraba preocupación e interés constante por su bienestar y sus avances de salud. Al final de todos los días, luego de su jornada laboral, llegaba a casa con un pequeño detalle para ella; en ocasiones era un dulce, una galleta, una flor. Su pierna estaba

mejorando, pero aún faltaba un buen tiempo antes de volver a caminar sin ayuda. Ella se comenzó a sentir incómoda con sus atenciones, pero sabía que era una invitada y sentía una gran presión por expresarle su agradecimiento, aunque no lo sintiera enteramente sincero.

Los detalles se convirtieron en caricias y suaves besos en la frente, manos y mejillas. La situación se tornó muy incómoda para ella, e incluso percibía desaprobación pasiva por parte de Tom. Ella imaginó múltiples formas de hablar con él, pero todas terminaban en llanto por la impotencia que sentía. Se culpaba a sí misma por no ser lo suficientemente fuerte para valerse por sí misma y no depender de alguien, como le había enseñado Yensi, a quien recordaba con profundo anhelo. Se culpaba por haber aceptado quedarse a vivir con ellos, por dejar a Yensi, por dejar a su familia, por no sanar rápido, por despertarse unos minutos tarde, por ser tan llorona, por ser mujer...entre otras cosas sin sentido alguno.

Comenzó a luchar contra sus propios pensamientos pesimistas. Se prometía a sí misma que, una vez se sintiera en capacidad de caminar sin muletas, saldría de allí, inmediatamente. Trataba de convencerse de que cada día estaba mejor, imploraba a su cuerpo acelerar el proceso de sanación y en su mente solo pensaba en salir de allí para volver con su amada y su familia. Excluyendo los incómodos momentos con Lucciano y Tom, todo parecía ir de acuerdo con lo pensado. Lamentablemente, el viejo estaba cansado de los desplantes que Durga hacía frente a sus atenciones de afecto y su inconformidad no tardó en convertirse en enojo, reproches y exigencias.

Era día de pago. En el pueblo abundaba la alegría, la fiesta transitaba de los bares y cantinas, a las calles y las aceras; donde la gran variedad de comida impregnaba el aire con sabores a especias, tocino con miel, pollo agridulce y ceviche picante de mariscos frescos; bebidas frutales del trópico mezcladas con licor destilado, como la piña, el coco y la sandía. Todo un festín para deleitar el paladar de aquellos abonados. El viejo organizó una parranda con Tom. Ambos bailaban, cantaban y se reían de la vida al son de unos tragos de ron, que compartían alegremente con las señoritas de Madam Zinerva, esperando, cínicamente, tener algo de satisfacción sin pagar tributo.

Madam se cansó de sus avaros juegos. Los despidió cortésmente y dio instrucciones para escoltarlos hasta la salida del pueblo y evitar problemas. La noche era joven, y aún tenían energía de sobra. Regresaron a casa con los bolsillos vacíos, pero, rebuscando entre cajones, lograron encontrar más bebida para continuar la celebración. Recuerdos de infancia, travesuras y anécdotas familiares fueron temas que abrieron una amena discusión. Todo iba de maravilla, hasta que compartieron confesiones vergonzosas y hablaron de amores alegres y tristezas que estremecen el corazón. Fue entonces cuando Tom mencionó a Durga. Se instaló un largo e incómodo silencio. La ira comenzó a emerger en palabras del viejo. Vociferaba sobre la ingratitud de ella y lanzó una botella contra el muro, mientras gritaba por su desdicha, por haber criado a una hija malagradecida, una hija con un amor no correspondido. Tom solo callaba y observaba el desastre que Lucciano hacía en su humilde hogar. Luego, lo vio delirar y blasfemar de tal forma que el miedo lo invadió e intentó calmarlo, invocando la intervención divina, lo cual fue totalmente inútil.

El calor del momento y la embriaguez de ambos se descontrolaron. Pronto Tom también arrojaba vasos y botellas vacías contra las paredes que encerraban su furia. Una vez que no encontraron más objetos para lanzar, surgió la idea de Lucciano: planteó el compromiso de unir a la familia, el deseo irrefrenable de ser una unidad. Todo esto parecía otro capítulo de su discusión anterior sobre la familia, pero no era así; Lucciano fue en busca de las amarras que usaban con los animales y subió apresuradamente en busca de Durga.

Ella llevaba despierta un buen rato y había escuchado gran parte de sus desvaríos; por lo tanto, estaba muy asustada y alerta. Se levantó como pudo y, en medio de la oscuridad, buscó por todas partes algo que pudiera servir como arma para defenderse, en caso de que la situación se complicara. Sabía que no podría huir corriendo, así que tendría que ser muy astuta y certera en sus acciones. Después de un rato, finalmente encontró un lápiz y unas tijeras oxidadas en su mesa de noche. Se metió nuevamente entre las cobijas y esperó pacientemente con los ojos abiertos para acostumbrarse a la oscuridad y tener una ventaja adicional cuando llegaran a visitarla.

La puerta tenía cerrojo, pero con fuerza fue abierta de par en par. Una vez ingresaron en su habitación, Durga se preparó para lo peor, sentía los latidos de su corazón como fuertes tambores que auguraban un momento crítico. Lucciano se lanzó sobre ella subiendo sus piernas a la cama y aprisionándola con ellas a la altura de las caderas. Bruscamente intentó tomar sus manos, pero ella fue más rápida y en un breve instante clavó el lápiz en su ojo izquierdo hasta el fondo, mientras gritaba con furia desmedida. Inmediatamente él llevó sus manos hacia su rostro, horrorizado por el brutal ataque, pero ella no se permitió misericordia y en otro movimiento fugaz, atravesó dos veces el pescuezo del viejo. Su cuerpo se desplomó sobre ella, pero sabía que debía actuar antes de que Tom escapara. Volteó el cuerpo hacia un lado y salió de cama. Con su muleta cerró la puerta e invitó al joven a entrar en calma; ahora se podrían quedar los dos con todo; todo el rancho y todas las pertenencias del viejo ahora serían suyas -le decía en tono persuasivo al chico. Tom se encontraba muy conmocionado. En medio de su borrachera suplicaba que todo fuera una pesadilla, se preguntaba si posiblemente estaba dormido, pues consideraba que la escena era tan macabra que debía ser irreal. Se tiró en el piso a llorar agarrando fuertemente su cabello con ambas manos, y meciéndose hacia atrás y adelante, sin encontrar cordura en todo aquello.

Ella se arrastró hacia él. Lo tomó en brazos desde atrás, besando su cabeza con cariño, mientras, sutilmente, clavaba las tijeras en su corazón, esperando terminar rápidamente con su sufrimiento. Sin embargo, un gran error de cálculo, la llevó a perforar sus pulmones en vez de su corazón, condenando así al pobre Tom a una muerte lenta y dolorosa. Ambos permanecieron inmóviles durante un largo tiempo en la oscuridad, mientras sus miradas se desvanecían en el infinito, en medio de un trance hipnótico, producto del fuerte subidón de adrenalina que habían experimentado hace apenas un momento. Caricias vacías y mecánicas entregaban el último adiós al chico, mientras este yacía en el suave piso, en un charco de tibia tinta negra que se desvanecía poco a poco entre las aberturas de la madera, en una lenta agonía que permitía el paso de su alma al inframundo.

Llegó el momento de huir. Durga ubicó los cuerpos en las respectivas camas en posición fetal, saqueó lo que pudo de valor y empacó comida y algo de ropa. Con rabia escupió el cuerpo del viejo, lanzó una lámpara de aceite en la habitación principal y se fue mientras el fuego se esparcía lentamente por el piso de madera y las sábanas que cubrían los cuerpos.

Rápidamente, la mendicidad se convirtió en su nuevo estilo de vida. Lo poco que pudo robar al viejo tan sólo le permitió sobrevivir cómodamente durante unas cuantas semanas. Intentó conseguir trabajo en muchos lugares, pero en todos la veían como una lisiada que sería más un estorbo que una ayuda. Su pierna aún no estaba del todo sana, así que se dedicó a pedir, mientras se recuperaba lo suficiente como para resistir de pie en algún trabajo digno; pero, para su desdicha, la indigencia arrastró su miserable vida por un buen tiempo.

El frío se comenzó a apoderar de las calles, con niebla en la madrugada y también al atardecer. Un hermoso panorama en tonos de grises se desvanecía cada noche hasta apagar su existencia. Así fue la vida de Durga durante un tiempo; de alguna u otra forma, su afán por encontrar de nuevo a su familia o volver por Yensi, se vio opacado por el trágico suceso que manchó su alma y ennegreció su corazón. Todos los días parecían ser iguales. Un bucle infinito que no distinguía entre lo bello y lo repulsivo, entre el amor que alguna vez compartió con el mundo y la indiferencia absoluta que ahora era su amante. La insensibilidad se apoderó de ella. Abandonó sus muletas y comenzó a moverse entre la penumbra. No hubo más miseria; aceptó su oscuridad y se esforzó por sobrevivir a toda costa. Una noche, empujada por el hambre, Durga robó una hogaza de pan de un mercado, deslizándose entre las sombras con la agilidad que no sabía que poseía; al escapar sin ser vista, sintió por primera vez un destello de poder, un control que la miseria le había negado. Con resentimiento, comenzó a arrebatarse aquello que sentía propio por derecho. “Fantasma” fue su segundo nombre. La buscaban en muchas partes, pero nadie parecía dar con ella, o con él; pues la muchedumbre murmuraba que era un chico feo, pálido, hábil, sigiloso y peligroso; era un fantasma de la noche con cara de asesino y olor a indigente, una hediondez de sal, amargor y podredumbre que penetraba hasta la pineal.

Numerosas festividades tradicionales se celebran en Temerant, sobre todo en invierno. Esto se debe a que, antaño, las comunidades campesinas disponían de más tiempo en esta estación del año para dedicarse al festejo. En esta ocasión, se celebraban las fiestas de los negros, una festividad obrera que tenía sus inicios a la par con la apertura de las minas de carbón y acero negro, así como la expansión de las vías férreas para exportar su producción. Pero el carbón y el acero negro no solo eran un bienpreciado por su valor transaccional; los paganos también usaban su polvo en rituales y ceremonias de todo tipo, lo cual atribuía a dichos minerales un valor místico y sagrado, reconocido en toda la región. *La Reina Negra* daba inicio al jolgorio, en compañía del gobernador y su gabinete. El bullicio, el baile y el alcohol no se hacían esperar y, en poco tiempo, aquellas calles grisáceas se transformaban en coloridos y vivos escenarios, donde el vulgo esperaba encontrar distracción a su miserable vida, aunque fuera por un instante. Las familias distinguidas también hacían su aparición, pero todo era parte del espectáculo, pues, a la larga, esperaban no tener que compartir espacio alguno con la plebe, a riesgo de contraer su pobreza o alguna enfermedad igualmente infecciosa. Lo que no sabían ellos, era que, en el evento, había un animal suelto. Como una sombra fugaz, se movía entre la multitud y, con sagacidad, robaba a tres prestigiosas mujeres en cuestión de segundos. De camino a su guarida, Durga disminuyó su velocidad al ingresar a un callejón, con sonrisa de victoria y ojos pícaros. Metió su mano derecha en el lateral de su chaqueta para sacar la esperada recompensa de la noche, pero todo ese entusiasmo se transformó en pavor, cuando sintió un fuerte tirón de pelo desde atrás, que la aventó contra los adoquines, dejándola pasmada en medio de la confusión y el aturdimiento del golpe en la cabeza y la espalda.

—Eres una zorrita muy traviesa —le sonrió un gran y corpulento hombre, mientras se organizaba varios de los anillos dorados que llevaba en ambas manos.

—¿Creíste que te saldrías con la tuya?

—Tal vez otro día lo habrías logrado sin duda alguna. Tienes talento, lo reconozco, pero la suerte no te ha sonreído el día de hoy.

—¡O tal vez sí! ¡Jajajaja! ¡Jajajaja!

—¡Nadie roba en esta ciudad ni sus alrededores, sin el consentimiento de Butch *El Carnicero!*

—Pero, ahora que lo has hecho, no hay vuelta atrás. Supongo que me debes varios tributos, y ha llegado la hora de saldar cuentas. —Sacó una daga larga de su grueso y elegante abrigo.

—Vamos a ver... ¿Qué será esta vez? ¿Sacarte un ojo? ¿Cortarte un brazo o algunos dedos? Tal vez un pedacito de pierna...

—¿Cómo piensas pagar lo que me debes?!

—...

—¡Y para colmo eres muda! ¿Acaso alguien ya te cortó la lengua?!

Durga era incapaz de mover su cuerpo; estaba paralizada por completo. Sus ojos temblaban y su respiración se entrecortaba mientras observaba con atención a aquella bestia de traje elegante. Afortunadamente, ese día se celebró un pacto. Butch perdonó su vida y le permitió quedarse con el botín de la noche, excepto un anillo con una verde gema que le había robado a la reina del festival. Este anillo era un regalo suyo y la gema era una gran esmeralda que había traído del otro lado del mar para seducir a tan distinguida mujer, lo cual hacía de todo este embrollo un asunto muy personal.

Finalmente, hubo indulto. El Sr. Butch le permitió vivir, pero, a cambio, Durga debería probar su valía con algunas tareas y, en especial, un robo que se llevaría a cabo en pocos meses. Era una chica lista; rápidamente aprendía sobre el negocio, lo cual fue generando mella en algunos que llevaban allí mucho más tiempo. A pesar de que parecía ser la preferida del jefe, ella sentía que algo no estaba bien. Se comenzó a gestar en su interior una inseguridad que se mostraba cada vez más fuerte, a tal punto que, hasta en sueños, se cuestionaba al respecto. Ya no descansaba bien, soñaba con traiciones y escenarios futuros que la inquietaban bastante. Pero en todos sus sueños, siempre había una constante: un chico que siempre trataba de ayudarla. Lentamente, los sueños fueron un poco más fluidos y este chico comenzó a guiarla para aprovechar lo que en

ellos se gestaba. Luego de un tiempo, ya no solo hablaban y discutían, sino qué, también se divertían haciendo travesuras, a tal punto, que, incluso se enamoraron, haciendo que Durga desplazara rápidamente de su corazón a Yensi.

Su nombre era Erasmus. Él afirmaba que ambos ya se conocían de antes y que se encontraba en deuda con ella. Por eso estuvo buscándola en el reino onírico y desde el plano astral. Su voz, aunque lejana, resonaba en su interior como un eco de su propia resiliencia, recordándole que, a pesar de todo, aún había una chispa de lucha en su alma.

Erasmus presentía algo poderoso más allá de su comprensión y, por ende no se lograba entender bien su significado. Hasta que, por fin, la noche previa al gran robo, él le advirtió sobre el funesto destino que le acechaba. Le indicó que el Sr. Butch no era quien parecía ser y que había forma de probarlo. Para ello, debía entrar en su bodega subterránea y abrir el cofre de madera negra que tenía una talla en forma de serpiente, “El Ouroboros”; allí encontraría respuestas. Finalmente, también le advirtió que por ningún motivo debía buscar venganza, pues este acto desencadenaría una gran oscuridad sobre el destino de muchas personas.

Llegó el esperado día. Durga se escabulló para ingresar al lugar señalado en sueños y comenzó a buscar sistemáticamente el cofre. En su recorrido observó con intriga una gran cantidad de extraños y místicos objetos: altares paganos, reliquias, huesos, viejos pergaminos, fósiles, botellas y recipientes de todo tipo que contenían líquidos viscosos y criaturas extrañas. Finalmente, encontró la marca del Ouroboros, un mítico animal serpentiforme que engulle su propia cola, formando, a su vez, un círculo con su cuerpo. Acarició con sus dedos aquel extraño símbolo, sintiendo en su interior algo de familiaridad y aversión hacia él. Un desconcierto que no pudo explicarse a sí misma y que, finalmente, la dejó con un sinsabor. Al abrir el cofre, halló en su interior el relicario de su madre, así como otros objetos con peculiaridad femenina. Al observar esto, inmediatamente intuyó quién controlaba el tráfico de chicas para Madam, y en ese instante llegó Butch.

Con tono tosco y muy serio, le indicó que se sentía muy decepcionado. Le contó que siempre había estado pendiente de ella, incluso desde antes

de arribar a puerto. Que la entregó a Madam por su propio bien y que, incluso, la tenía en la mira desde que salió y se dedicó a la mendicidad, pues esa red también le pertenecía. Le contó por qué lo llamaban “El Carnicero” y cómo ahora era él quien controlaba todo el mercado y que tenía grandes planes para ella, si decidía dejarse moldear. Él era un hombre respetado, que venía desde lo más bajo y, finalmente, su red se había convertido en estructura fundamental de la sociedad. Gracias a él, muchas familias tenían pan para llevar a su boca cada día. Él la quería para algo grandioso, algo que superaba el poder de los mortales, pero que ella debía confiar y entregarse ciegamente.

Durga se negó a aceptar su propuesta, lloró, maldijo y comenzó a lanzar cosas, mientras Butch las esquivaba o las desviaba con movimientos rápidos de mano. Él se acercó invitándola a la calma con voz paternal, pero ella lo recibió sollozando y, en medio de su llanto, le clavó unas tijeras entre las costillas, las mismas con que asesinó a Tom tiempo atrás. Se deslizó entre sus piernas y corrió a toda velocidad por el pasillo que dirigía hacia la escotilla de salida.

Tan sólo unos escalones antes de salir de la bóveda, miró con rencor hacia atrás, y vio cómo Butch, en su intento por alcanzarla, tropezó con una estantería que cayó sobre él y fue herido por varios objetos pesados. Ella observó obscenamente, cómo unos finos hilos rojos trazaban siluetas hermosas sobre el suelo, y sonrió. En ese instante recordó las palabras de Erasmus y, consciente de que podía dejar todo así, no le importó. Buscó a su alrededor algo con lo que asestar el golpe final. Se acercó a un altar, tomó una estatuilla de oro macizo y descargó toda su fuerza contra la cabeza de Butch, una y otra vez, hasta hundirle por completo la nariz, los pómulos y las cuencas de los ojos. Atravesó el umbral como una vencedora, cerró la escotilla tras de sí y se marchó sonriendo, ligera, como si al fin se hubiera librado de un peso insoportable.

El Carnicero se encontraba tendido en el piso y su sangre rebosaba la estatuilla con la que fue golpeado brutalmente. La estatuilla de Lazarus, un rey demonio, dios oscuro de alto nivel, quién fue sellado por hechiceros antiguos en dicho objeto. La energía oscura de Durga y su sed de venganza en conjunción con los actos de violencia, la sangre y los sentimientos de odio, miedo y demás, rompieron el sello sagrado

que contenía a este hermoso ser en el objeto. Este se manifestó ante Butch en su mente y lo persuadió para firmar un pacto, ya que aún se encontraba débil para liberarse completamente por voluntad propia. Le prometió sanación absoluta para no morir, antes de que su alma cruzara el Érebo; pero a cambio debería trabajar para él por el resto de sus días en el mundo de los vivos hasta su segunda muerte, incluyendo su ayuda de forma inmediata, para lograr su completa resurrección. Butch aceptó y la oscuridad se cernió sobre su alma, sellando un pacto que traería grandes repercusiones al universo entero.

Con su relicario en pecho y la cabeza en alto, Durga sintió que recuperaba no solo un pedazo de su pasado, sino también la fuerza para seguir adelante, decidida a encontrar a su familia, a Erasmus y, tal vez, a redimirse de la oscuridad que había abrazado en su corazón. Melancólica, contempló el horizonte frente al puerto, como quien llora en silencio por alguien que se ha ido e imaginaba -ingenuamente- su pronto reencuentro, mientras un escalofrío recorrió su espalda, como si una sombra invisible la observara desde la distancia, un eco de las advertencias de Erasmus, que había ignorado por completo.



Escanea este código.
Cierra tus ojos y deja que la música
de esta historia,
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.

